

EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIA HISTÓRICA EN LA POLÉMICA THOMPSON — ALTHUSSER

Pablo Alvira*

Recibido: 28 Agosto 2010 / Revisado: 4 Septiembre 2010 / Aceptado: 2 Octubre 2010

¡Como si la tarea fuera el equilibrio dialéctico de los conceptos, en vez de la captación de las relaciones reales!

Karl Marx, *Grundrisse*¹

INTRODUCCIÓN

En 1978 E.P. Thompson publicó *Miseria de la teoría*,² un ensayo que confronta con las posiciones de Althusser y el marxismo estructural, de inusual virulencia para los debates contemporáneos en las ciencias sociales. Allí, Thompson a la vez que hace una defensa del materialismo histórico marxista presentado en forma de una crítica a Althusser, realiza un ataque directo al desarrollo del marxismo como estructuralismo.

Se tratará aquí de abordar algunos aspectos de la polémica con la pretensión de situar a Thompson, y de modo más general a la tradición que él representa, en el contexto del marxismo y del paradigma común de la historiografía del siglo XX. El análisis se centrará en aquellos puntos de la intervención de Thompson vinculados con lo epistemológico: el estatuto científico de la disciplina histórica, la producción de conocimiento histórico, la relación sujeto-objeto, entre otros. Estas cuestiones serán examinadas, además, en relación al posicionamiento de Thompson y el marxismo británico como tradición teórica, aspecto de nuestro interés, independientemente del lugar que ocupen estos problemas dentro del

aparato teórico del estructuralismo marxista y del marxismo en general.

No se tratará aquí de dos aspectos muy importantes de la polémica: la valoración política por parte de Thompson de la filosofía de Althusser y de las consecuencias que se derivan de sus postulados teóricos, fundamentalmente la acusación de “estalinismo” teórico; tampoco la encendida defensa que Thompson hace del “humanismo socialista” del que se considera parte. A pesar de ser significativos, por razones de espacio y en función de los objetivos que aquí se persiguen, no serán abordados.

1. EL PARADIGMA COMÚN Y EL MARXISMO BRITÁNICO

Es necesario situar inicialmente el lugar del marxismo británico dentro de lo que se denomina usualmente como ciencia de la historia, la historia científica, la historia como ciencia social, paradigma establecido en los medios profesionales y académicos de los países occidentales desde mediados del siglo XX. La noción de paradigma que se utiliza aquí corresponde a la formulación de Thomas Khun, aplicada por Carlos Barros al campo de la historiografía. Paradigma es, junto con ciencia normal y revolución científica, una de las categorías fundamentales que articulan la epistemología de Khun. Un paradigma es un conjunto de proposiciones que, aceptado por la comunidad científica en un mo-

* UNR - CONICET, Rosario, Argentina. E-mail: pabloalvira@yahoo.com.ar.

¹ Marx, K., *Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse)*. México, Siglo XXI, 2007, 90.

² Thompson, E.P., *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981.

mento dado, determina qué es lo que va a considerarse como ciencia en el período de su predominio y qué queda fuera de este registro. El paradigma constituye el trasfondo de toda investigación científica, es el marco conceptual y determina el alcance y los límites de ésta.³ Barros señala la utilidad de “singularizar con el adjetivo ‘común’ el paradigma plural –los paradigmas compartidos– que asume, más o menos explícitamente, la mayoría de los miembros de una especialidad profesional, científica”⁴. Se entiende entonces que el paradigma común, general, de una comunidad científica contiene por su parte paradigmas particulares relacionados entre sí.

La revolución historiográfica de la segunda posguerra derrocó, en buena medida, aquella vieja historia que predominaba desde el siglo XIX, criticada por acontecimental, política, positivista, descriptiva, y un largo etcétera. Impuso una hegemonía conjunta de *Annales* y el materialismo histórico, marginando pero no eliminando a la vieja historia, constituyendo el primer gran paradigma común de los historiadores.⁵ Quedó conformado así un paradigma plural, compuesto a la vez por tres paradigmas simultáneos y relativamente rivales: escuela de *Annales*, marxismo y neopositivismo. Según Barros, “los valores compartidos en cuanto a novedades temáticas, metodológicas y teóricas son proveídos por *Annales* y el marxismo”, mientras que la contribución neopositivista tiene más que ver con “el concepto general vigente de ciencia histórica y con el enorme prestigio que siguió teniendo el empirismo en la práctica docente e investigadora de todos los historiadores”⁶. En cada país, además, la convergencia historiográfica se produjo de manera distinta. En el caso de Gran Bretaña “el rol vertebrador de la nueva historia acabó por corresponder a la nueva historiografía marxista”⁷.

En Gran Bretaña, como en casi toda Europa, la historiografía marxista había existido desde la

muerte de Marx. Sin embargo, observa Julián Casanova, “las nuevas orientaciones, la ruptura con el esquematismo de las interpretaciones marxistas más vulgares y el análisis de la sociedad como una totalidad en movimiento donde la experiencia humana no aparece reducida a lo económico”, son aspectos que sólo pueden ser atribuidos a la historiografía marxista más reciente, particularmente la que se desarrolló en torno a los miembros del “grupo de historiadores del Partido Comunista”.⁸ Los comúnmente llamados “historiadores marxistas británicos” –Maurice Dobb, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, Rodney Hilton, Edward P. Thompson, Victor Kiernan y Georges Rudé–⁹ estaban vinculados en primer término por su actividad política en el Partido Comunista británico. Pero compartieron también, por una parte, la fuerte influencia de la tradición liberal-radical de la “historia popular” de fines del siglo XIX y posteriores historiadores radicales como R. H. Tawney y los Hammond; y por otra, una formación atravesada por la reivindicación de la ciencia marxista, una “tradición racionalista” que significaba cuestionar las posiciones “anticientíficas” de quienes dominaban la historiografía en la academia inglesa.

Harvey Kaye ha planteado que, además de sus contribuciones individuales y colectivas a la historiografía, los historiadores marxistas británicos representan en su conjunto una tradición teórica. Este polémico argumento, se basa en el hecho de que estos historiadores han sido partícipes de una problemática teórica común. Han intentado trascender el modelo del determinismo económico que, partiendo de una esquemática interpretación del célebre prefacio de *Contribución a la Crítica de la Economía Política* de Marx, había dominado el marxismo desde los orígenes, fundamentalmente en torno a las nociones de clase y base-superestruc-

³ Khun, T., *La estructura de las revoluciones científicas*. México, FCE, 1971, 169 y ss.

⁴ Barros, C., “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”, *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral*, 10, Santa Fe, 1996, 23.

⁵ En el siglo XIX rivalizan sin ponerse de acuerdo historiográficamente, sobre todo en Europa, positivismo y romanticismo nacionalista, materialismo e idealismo, aficionados y primeros profesionales.

⁶ Barros, C., “El paradigma común...”, op. cit., 26.

⁷ *Ibid.*, 29.

⁸ Casanova, J., “Presentación”, en Kaye, H., *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, 1984.

⁹ A estos nombres, los más destacados y que constituyen el núcleo, podemos sumar los de Dona Torr, John Saville, Dorothy Thompson, Ralph Miliband y A.L. Morton.

tura¹⁰. Además, los marxistas británicos han compartido una problemática histórica común: en sus estudios, aunque diversos, subyace la cuestión de los orígenes, desarrollo y expansión del capitalismo, entendido en un sentido amplio de cambio social. También se han caracterizado por una aproximación teórica común, el análisis de la lucha de clases; y vinculado con esto, el desarrollo de la perspectiva histórica conocida como historia desde abajo, haciendo hincapié en las experiencias y luchas históricas de las clases subalternas, “recuperando el pasado que fue hecho por ellas pero no escrito por ellas”¹¹.

La tesis de una “tradición teórica” es central para este trabajo, en tanto se pretende situar la intervención de Thompson contra el marxismo estructural como expresión de una sólida y original manera de entender y practicar el materialismo histórico. E.P. Thompson, historiador, ensayista y activista político, es quizá junto a E. Hobsbawm el historiador marxista más conocido. Autor de una de las más notables obras historiográficas del siglo XX, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, ha mantenido incansablemente una lucha intelectual contra aquellas variedades del marxismo y de ciencia social caracterizadas por el determinismo económico y la negación de la acción humana. Desde esta perspectiva, Thompson ha trabajado los problemas históricos y teóricos de las clases, destacándose sus novedosas conceptualizaciones de clase y experiencia. Según Kaye, Thompson ha intentado “por medio del análisis de clases, reconceptualizar, dentro de lo posible, la dialéctica materialista del ser social y de la conciencia social desde un modelo estático a uno dinámico”¹².

La intervención polémica de Thompson se dirige a atacar el teorismo ahistórico que según él propone el althusserismo, al que señala no sólo como una forma de idealismo, sino que además tiene muchos de los atributos de una teología, lo que debe ser refutado con firmeza desde dentro de la tradición marxista, en defensa del materialismo histórico. Thompson se centra en *Para leer El Capital* y *La revolución teórica de Marx*, conside-

rando estos textos como la expresión más acabada del edificio teórico althusseriano.

En verdad, Althusser nunca respondió a este ataque —aunque le fue ofrecido hacerlo, desde la *New Left Review*—, por lo que “el debate” necesariamente fue proseguido por otros autores, desde diversas posiciones. Entre ellos se destaca el también marxista Perry Anderson, quien ya había confrontado con Thompson antes, y que publicó un libro terciando en la polémica, aunque en realidad fuera más un cuestionamiento a las posiciones thompsonianas que una encendida defensa de Althusser. De todos modos, para Anderson esta polémica representó “la primera confrontación a gran escala de un historiador inglés con un gran sistema filosófico del continente en el terreno del marxismo”, siendo necesaria además “para el desarrollo del materialismo histórico un encuentro entre las dos prolijas tradiciones representadas por Thompson y Althusser, respectivamente”¹³.

2. ALTHUSSER

Louis Althusser irrumpió en la escena intelectual hacia principios de la década de 1960, con una serie de trabajos cuyas ideas principales se cristalizan en las significativas obras de mediados de la década, y que son justamente el foco de la crítica de E. P. Thompson: *La revolución teórica de Marx* y *Para leer El capital*. Si bien a partir de 1967 y 1968, en los trabajos de Althusser empiezan a producirse aclaraciones y matizaciones que culminarán en una pública “autocrítica” teórica en 1974, estas obras son el núcleo de su lectura estructuralista del marxismo, además de ser las más influyentes y extendidas.

El objetivo que Althusser se propone en *La revolución teórica de Marx* es poner de manifiesto el alcance y la naturaleza de la revolución teórica de Marx, pensar la “novedad radical” de la aportación teórica de Marx en conceptos “adecuados” a su objeto. Algunos de estos conceptos ya habían sido sólidamente elaborados por el propio Marx en su madurez. Otros, en cambio, fueron tan sólo esbo-

¹⁰ Kaye, H., *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, 1984, 5-6.

¹¹ Kaye, *Los historiadores...* op. cit., 7. También hay que destacar la contribución de estos historiadores e historiadoras a la cultura política británica.

¹² *Ibíd.*, 160.

¹³ Anderson, P., *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*. Madrid, Siglo XXI, 1985, 4-5.

zados o sugeridos por Marx. Tal es el caso de conceptos como el de “sobredeterminación”, “estructura a dominante” (o con predominio) o “todo complejo estructurado ya dado”, mediante los cuales Althusser vuelve a pensar lo pensado por Marx. Por otra parte, los dos textos con los que Althusser contribuye al proyecto colectivo de *Para leer El capital* se centran en diferenciar *El capital* de la economía política, proponiendo su tesis del corte epistemológico: no hay identidad entre uno y otra ya que producen objetos de conocimiento diferentes y los producen según normas de verdad diferentes. Los dos discursos, además, son incompatibles, uno niega el derecho a existir al otro: mientras la economía política es un discurso ideológico, *El capital* es un discurso científico.

La obra de Althusser se muestra como un intento de profundizar en los elementos que hacen del materialismo histórico una ciencia, declaradamente en contra del *Diamat*,¹⁴ contra el humanismo y contra el “historicismo”. Esta perspectiva que es tanto teórica como política, es la que articula toda la producción althusseriana desde que en 1960 escribiera sus primeros artículos.

3. LA EPISTEMOLOGÍA

La primera parte de la argumentación thompsoniana se dirige a la epistemología althusseriana. Esta, según Thompson, “deriva de un tipo limitado de proceso académico de adquisición de conocimientos, y carece de validez general”¹⁵. Consecuentemente, carece de la categoría “experiencia”; de ahí que, prosigue, “falsee el ‘diálogo’ con la evidencia empírica que es inherente a la producción de conocimiento” y caiga continuamente en modos de pensamiento que en la tradición marxista son calificados como “idealistas”. Particularmente, para Thompson la posición althusseriana confunde con el empirismo lo que es el necesario diálogo empírico, tergiversando ingenuamente así “la práctica del materialismo histórico, incluyendo el propio trabajo intelectual de Marx”¹⁶. La crítica resultante de “historicismo” formulada por el althusserismo, deviene, según Thompson, en ciertos puntos idén-

tica a la crítica antimarxista del historicismo (como la representada por Popper) aunque extraigan conclusiones opuestas.

La primera cuestión es la de las “materias primas” del conocimiento, y cómo estas son procesadas por la práctica teórica para producir conocimiento. ¿Cómo llegan estos efectos de conocimiento o “materias primas” al laboratorio de la práctica teórica? En *Para leer El Capital*, Althusser escribe: “Podemos decir, entonces, que el mecanismo de producción del efecto de conocimiento reside en el mecanismo que sostiene el juego de las formas de orden en el discurso científico de la demostración”¹⁷. Según estas pocas y desafortunadas palabras, puede ver Thompson, estos materiales llegan “obedientemente” tal como lo pide “el discurso científico de la demostración.” Aún dispensando a Althusser por esquivar el problema de dilucidar la correspondencia entre “objeto real” y “concepto”, la objeción de Thompson es que el filósofo interroga demasiado brevemente esta palabra (materia prima, o efecto de conocimiento), que existe sólo para ser elaborada mediante la práctica teórica hasta alcanzar una conceptualización estructural o conocimiento concreto.

“Althusser es tan rudo con la lingüística y con la sociología del conocimiento como con la historia o la antropología. Su materia prima (el objeto del conocimiento) es un tipo de material sin vida y manejable, carente tanto de inercia como de energía propia, que espera pasivamente ser manipulado hasta su conversión en conocimiento. Puede contener toscas impurezas ideológicas, con certeza, pero estas pueden ser purgadas en el alambique de la práctica teórica”¹⁸.

Por otra parte, para Althusser esta materia prima se presenta a sí misma para ser procesada como un conjunto de acontecimientos mentales discretos (“hechos”, conceptos comunes), que también se presenta con discreción. Como observa correctamente Thompson, la observación del historiador es raramente singular. Es mucho más frecuente tratar con múltiples datos empíricos, cuya

¹⁴ El materialismo dialéctico en su vulgarización estalinista.

¹⁵ Thompson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 15.

¹⁶ *Ibid.*, 16.

¹⁷ Althusser, L.; Balibar, E., *Para leer El Capital*. México, Siglo XXI, 2004, 83.

¹⁸ Thompson, E. P., *Miseria...*, op.cit., 18.

interrelación es, precisamente, un objeto de la investigación. Y si se aísla algunos de esos datos, es probable que se transforme en el tiempo. “Lo que Louis Althusser pasa por alto es el diálogo entre el ser social y conciencia social”, sostiene Thompson, diálogo que va en ambos sentidos. Porque “no es posible imaginar ningún tipo de ser social con independencia de sus conceptos organizadores y de sus expectativas, ni tampoco el ser social podría reproducirse a sí mismo ni siquiera un solo día sin pensamiento”¹⁹. Y aquí entra en escena uno de los conceptos claves de Thompson, la experiencia, que cambia con los cambios en el ser social y es “determinante, en el sentido en que ejerce presiones sobre la conciencia social existente, propone nuevas cuestiones, y proporciona cambios gran parte del material sobre el que se desarrollan los ejercicios intelectuales más elaborados”²⁰. La experiencia es la “experiencia de la determinación”, significa precisamente que las “estructuras objetivas” hacen algo a la vida de las personas.

La epistemología de Althusser se funda, según señala Thompson, sobre una relación de procedimientos teóricos que en cada punto puede derivarse no sólo de disciplinas intelectuales académicas, sino de una sola disciplina altamente especializada, aquella en la que él es especialista: la filosofía; pero se trata de “una filosofía de una particular tradición cartesiana de exégesis lógica, sellada en su origen por las presiones de la teología católica, modificada por el monismo de Spinoza (cuya influencia satura la obra de Althusser) y marcada en su conclusión por un particular diálogo parisino entre fenomenología, existencialismo y marxismo.”²¹ Escribe Althusser:

“¿Puedo resumir todo esto en una sola frase? Esta frase describe un círculo: una lectura filosófica de *El Capital* sólo es posible como aplicación de lo que es el objeto mismo de nuestra investigación, la filosofía de Marx. Este círculo sólo es epistemológicamente posible debido a la existencia de la filosofía de Marx en las obras del marxismo”.²²

Para Thompson, este modo de pensamiento es exactamente lo que en la tradición marxista se designa habitualmente como idealismo. Una clase de idealismo que consiste no en la afirmación o negación de la primacía de un mundo material trascendente,

“sino en un universo conceptual que se engendra a sí mismo y que impone su propia idealidad sobre los fenómenos de la existencia material y social, en lugar de entrar con ellos en una ininterrumpida relación de diálogo. Si hay algún “marxismo” del mundo contemporáneo que Marx o Engels hubieran identificado al instante como una versión del idealismo, ese es el estructuralismo althusseriano. La categoría ha alcanzado una primacía sobre su referente material; la estructura pende sobre el ser social y lo domina”.²³

Perry Anderson reconoce que estas acusaciones son justas en buena parte, ya que la teoría del conocimiento de Althusser—tanto del conocimiento científico como del ideológico— es “directamente deudora de la de Spinoza. No es extraño que una epistemología con semejante bagaje metafísico sea incompatible con los cánones de la ciencia moderna”.²⁴

4. LA HISTORIA

Las referencias althusserianas a la historia y al “historicismo” son otro punto central del ataque de Thompson. Son comentarios que considera que revelan que Althusser carece de toda familiaridad y comprensión con los procedimientos que hacen de la historia una disciplina. Para Althusser, la historia existe sólo como aplicación de una teoría, la cual, por otra parte, está más o menos ausente:

“Debemos tomarnos en serio el hecho de que la teoría de la historia, en el sentido fuerte, no existe, o de que apenas existe para los historiadores, que por lo tanto los conceptos de la historia existente son casi siempre conceptos ‘empíricos’ más o menos en busca de su fun-

¹⁹ *Ibíd.*, 20.

²⁰ *Ibíd.*, 20.

²¹ *Ibíd.*, 23.

²² Althusser, L; Balibar, E., *Para leer...*, op. cit., 37.

²³ Thompson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 29.

²⁴ Anderson, P., *Teoría, política...*, op. cit., 6.

damento teórico; y al decir ‘empíricos’ se quiere decir mezclados con el vigoroso acento de una ideología oculta tras sus ‘evidencias’. Este es el caso de los mejores historiadores, que se distinguen de los demás precisamente por su preocupación teórica, pero que buscan la teoría en un nivel donde no puede encontrarse, en el nivel de la *metodología* histórica, la cual no puede ser definida sin la *teoría* que lo fundamenta”.²⁵

Esto es, para Thompson, un despropósito. Porque desde hacía más de medio siglo existía una historiografía marxista que no podría haber ejercido sin una teoría. Todo lo contrario, lo ha hecho suponiendo que su teoría procedía parcialmente de Marx. Los conceptos fundamentales utilizados por estos historiadores en su práctica (explotación, clase, lucha de clases, feudalismo, capitalismo, etc.), son conceptos derivados de una tradición teórica marxista y validados por ella. Según Althusser, “La verdad de la historia no puede leerse en su discurso manifiesto, porque el texto de la historia no es un texto en el que habla una voz (el Logos), sino la notación inaudible e ilegible de los efectos de una estructura de estructuras.”²⁶ Dónde y cómo está ubicada esta “estructura de estructuras”, que no está sujeta a investigación empírica y está fuera del plano de la metodología histórica, no es relevante para Althusser: es una problemática “empirista”. La “verdad histórica” sólo puede ser desvelada en el interior de la teoría misma, mediante procedimientos teóricos: “el proceso que produce el concreto-conocimiento se desarrolla enteramente en la práctica teórica”²⁷. La única prueba de la “verdad” de este procedimiento y de su correspondencia con los fenómenos “reales”, está en su rigor formal.

En otro pasaje, Althusser afirma que sólo podemos construir nuestro conocimiento de la historia sólo “en el interior del conocimiento, en el proceso del conocimiento, no en el desarrollo de lo

concreto-real”²⁸ Para Thompson, esto es una tautología presentada con tal severidad y pretensión de novedad que sorprendería en un filósofo de fines de la década de 1960, si no fuera porque no es algo “inocente”. Se trata de artificios para conducir al lector desde estas tautologías hasta una afirmación muy distinta: “que el conocimiento emerge enteramente dentro del pensamiento, a través de su propia autoextrapolación teórica”²⁹. De este modo, en un movimiento Althusser descarta a la vez la cuestión de la experiencia y la cuestión de los procedimientos específicos de la investigación que constituye el “diálogo” empírico, ya mencionado y que es central en la argumentación de Thompson. Así, Althusser expresa que “Una vez que están verdaderamente constituidas y desarrolladas [las ciencias] no tienen ninguna necesidad de verificación mediante prácticas externas para declarar “verdaderos” los conocimientos que producen, esto es, para declararlos conocimientos.”³⁰ Recurriendo a las matemáticas, una ciencia especial en la medida que contempla la lógica de sus propios objetos, Althusser hace extensivo su razonamiento a cada una de las ciencias. Y lo mismo se debe decir del materialismo histórico: “Ha sido posible aplicar con éxito la teoría de Marx porque es “verdadera”; no es que sea verdadera porque se ha aplicado con éxito.”³¹ La afirmación proporciona su propia premisa: “porque la teoría de Marx es verdadera (premisas no demostradas) ha sido aplicada con éxito”. Pero, se pregunta correctamente Thompson, “¿Cómo vamos a determinar ese éxito? ¿Dentro de la propia disciplina histórica? ¿Y qué decir de aquellas ocasiones en que las teorías de Marx han sido aplicadas sin éxito?”³².

El énfasis de Thompson es en el carácter determinante del objeto: las propiedades de la realidad determinan tanto los procedimientos apropiados del pensamiento como su producto. En esto consiste, según Thompson, el diálogo entre conciencia y ser.

²⁵ Althusser, L; Balibar, E., *Para leer...*, op. cit., 38.

²⁶ *Ibid.*, 14.

²⁷ Althusser, L., *La revolución teórica de Marx*. México, Siglo XXI, 2004, 189.

²⁸ Althusser, L; Balibar, E., *Para leer...*, op. cit., 135.

²⁹ Thompson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 33.

³⁰ Althusser, L; Balibar, E., *Para leer...*, op. cit., 71-72.

³¹ *Ibid.*, 72.

³² Thompson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 34.

“El objeto real [...] es epistemológicamente inerte; es decir, no puede imponerse ni desvelarse él mismo al conocimiento: esto tiene lugar dentro del pensamiento y de sus procedimientos. Pero no quiere decir que sea inerte en otros aspectos: no necesita ser sociológica o ideológicamente inerte. Y como remate hay que decir que lo real no está “ahí fuera” mientras que el pensamiento estaría en la tranquila sala de conferencias de nuestras cabezas “aquí dentro”. El pensar y el ser habitan un solo y mismo espacio, y este espacio somos nosotros mismos”.³³

Precisamente, según Thompson, el diálogo entre conciencia y ser va adquiriendo cada vez mayor complejidad cuando la conciencia crítica actúa sobre una materia prima hecha del mismo material que ella misma: los artefactos intelectuales, las relaciones sociales, el acontecimiento histórico. Cualquier historiador, y por supuesto uno marxista, debería saber que:

“Este o aquel otro texto muerto, inerte, de un determinado documento no es en absoluto “inaudible”; tiene por sí mismo una ensordecedora vitalidad; se trata de voces que irrumpen clamorosas desde el pasado, afirmando sus propios mensajes, exponiendo a la luz su propio conocimiento como autoconocimiento”.³⁴

Las dificultades, como reconoce Thompson, son inmensas, porque se debe lidiar con conceptos generados en el pasado y con funciones precisas en determinada sociedad, y porque el propio historiador se mueve dentro de una disciplina (con su propia historia y presente polémico) que ha generado múltiples conceptos diferentes de aquellos. Y los problemas se multiplican cuando se considera no un solo acontecimiento o concepto sino aquellos que configuran el “proceso” histórico, la interrelación entre fenómenos diversos o la causación. La relación entre el pensamiento y su objeto adquiere un elevadísimo nivel de complejidad y de mediación. Todas estas dificultades son tan grandes que es muy evidente que la historia “real” y el conoci-

miento histórico son cosas enteramente distintas. Desde luego, sostiene Thompson, pero, “¿acaso se sigue de ahí que debemos cortar los puentes que los unen? ¿Acaso no puede todavía mantenerse el objeto (la historia real) en una relación ‘objetiva’ (empíricamente verificable) con su conocimiento, relación que, dentro de ciertos límites, es determinante?”³⁵.

Ante una conclusión como ésta, dice Thompson, muchos retroceden. Y observa cómo, en la fase inicial del retroceso, tanto el empirismo como el estructuralismo althusseriano llegan a un idéntico rechazo del “historicismo”. Lejos de ser originales, las posiciones de Althusser significan, según Thompson, una capitulación ante décadas de crítica académica convencional de la historiografía, que han transcurrido por diversos caminos: el relativismo, el idealismo y teoricismo, o veces de un escepticismo radical en cuanto a las credenciales epistemológicas de la historia.

Thompson insiste en el común rechazo del “historicismo” que circunstancialmente acerca a Althusser con Popper. Éste último admite que ciertos “hechos” de la historia son empíricamente verificables, pero una vez atravesada la línea que separa los hechos discretos o datos aislados de cosas como los procesos y las relaciones sociales, se trata ya de “historicismo” (leyes o interpretaciones forzadas e inverificables) o simplemente la declaración de un “punto de vista”. Y aún tratándose de hechos discretos, estos están contaminados porque sobreviven arbitrariamente, ya sea de manera fortuita o preseleccionada.³⁶

“Esta es la conclusión de Popper: no podemos conocer “la historia”, o a lo sumo podemos conocer hechos discretos (y únicamente los que resultan haber sobrevivido gracias a su propia autoselección o la selección de la historia). La interpretación consiste en la introducción de un punto de vista: esto puede ser legítimo (sobre otras bases), pero no constituye ningún conocimiento histórico verdadero”.³⁷

Para Popper, “no hay historia de la humanidad sino sólo un número indefinido de historias de

³³ Ibid., 37.

³⁴ Ibid., 37.

³⁵ Ibid., 38.

³⁶ Popper, K., *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, Paidós, 2006, 265-268.

³⁷ Thompson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 41.

todos tipo de aspectos de la vida humana”.³⁸ Althusser, según Thompson, arranca de una premisa muy semejante, aún cuando ni siquiera admite la posibilidad de conocer hechos discretos, que recién alcanzan identidad epistemológica cuando son colocados en el campo teorético. En el esquema de Althusser, la ideología (o Teoría) asume las funciones que Popper describe como interpretación o punto de vista.

“El acento se pone una y otra vez, con la monotonía de una máquina automática, en la incognoscibilidad de cualquier proceso histórico objetivo y en los peligros de la atribución “historicista” [...] Pero allí donde Popper vislumbra un peligro, Althusser ve una espléndida oportunidad, un espacio conceptual, un vacío que invita a su imperial ocupación. El proceso real es incognoscible como objeto real: el conocimiento histórico es producto de la teoría, la teoría inventa la historia, ya sea como ideología o como Teoría (“ciencia”)³⁹.”

Según Thompson, hay una fractura central que recorre todo el pensamiento althusseriano: la confusión entre procedimientos empíricos, controles empíricos y algo que Althusser llama “empirismo”, lo que invalida no una parte de su pensamiento sino su pensamiento como un todo. Dicha posición epistemológica le impide, según Thompson, comprender los dos “diálogos” con los cuales se construye nuestro pensamiento. Primero, no comprende el diálogo entre el ser social y la conciencia social, que da origen a la experiencia. De esto se deriva su incompreensión tanto de la génesis real de la ideología como de los caminos por los cuáles la praxis humana impugna y limita esta imposición ideológica. Segundo, Althusser no comprende el diálogo entre la organización teorética de los datos empíricos, por una parte, y el carácter determinado de su objeto, por otra. Como consecuencia, desfigura los procedimientos empíricos que se elaboran para interrogar a los hechos y, además, asegurar que responden no con la voz de quien les interroga sino con la suya propia.

“Como que ignora ambos diálogos, no puede entender cómo tiene lugar la “llegada” (como experiencia) del conocimiento histórico, ni los procedimientos de investigación y verificación de la disciplina histórica. La “ruptura epistemológica”, con Althusser, es una ruptura respecto al conocimiento disciplinado y un salto hacia la autogeneración de “conocimiento” siguiendo sus propios procedimientos teoréticos: esto es, un salto fuera del conocimiento y hacia la teología”⁴⁰.

Althusser da este salto, señala Thompson, porque no es capaz de ver otro camino para salirse del campo ideológico del genuino empirismo y sus técnicas positivistas autoconfirmatorias. El filósofo desea huir de la “prisión” positivista, “empirista, encerrada en sí misma, cuyas metodologías patrullan con llaves (llaves estadísticas, lingüísticas) en sus cinturones, cerrando todas las puertas de admisión de procesos estructurados”⁴¹. Sin embargo, no lo logra. Más aún, sostiene Thompson, construye una estructura similar en gran medida con los mismos materiales, y ambas estructuras, examinadas desde el materialismo histórico, muestran una identidad extraordinaria: “pues ambas son producto de una misma inmovilidad conceptual, y han sido erigidas, piedra sobre piedra, con categorías estáticas y ahistóricas”⁴².

La cuestión crítica que para Thompson une a estos antagonistas contra el materialismo histórico es la de la legitimidad epistemológica del conocimiento histórico, pues ambos afirman que este conocimiento es epistemológicamente ilegítimo.

“Althusser no puede hacer trizas el “empirismo” en modo alguno porque parte de la misma premisa; simplemente “rompe” en un determinado momento hacia una conclusión idealista. Tanto Popper (*a*) como Althusser (*b*) afirman la incognoscibilidad de la historia como proceso dotado de su propia causación, dado que (*a*) toda noción de estructuras y de mediaciones estructurales comportan atribuciones “holísticas” impropias y las nociones “historicistas” de causación y proceso son

³⁸ Popper, K., *La sociedad...*, op. cit., II, 270.

³⁹ Thompson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 42.

⁴⁰ Thompson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 58-59.

⁴¹ *Ibíd.*, 59.

⁴² *Ibíd.*, 59.

inverificables mediante pruebas experimentales; o dado que (b) la noción de que el conocimiento está “ya *realmente* presente en el objeto real que ha de conocer” es una ilusión del empirismo “abstraccionista”, que toma erróneamente como descubrimientos empíricos sus propias atribuciones ideológicas”⁴³.

Y a partir de aquí, Althusser da un salto idealista, concluyendo que el conocimiento elabora, con su propia materia teórica, un “conocimiento” histórico. Caminando en sentidos opuestos, dice Thompson, ambos convergen en el mismo lugar: “el vocabulario puede ser distinto, pero la lógica de ambas partes converge”⁴⁴.

Una de las críticas más repetidas al marxismo estructural, y al estructuralismo en general, ha sido la de borrar al sujeto de la historia. Thompson describe el procedimiento por el cual Althusser primero expulsa la acción humana (un “proceso sin sujeto”), para luego, en nombre del anti-historicismo, expulsar el proceso: los hechos históricos son “*hechos que causan una mutación en las relaciones estructurales existentes*”⁴⁵. El proceso, observa Thompson, resulta ser “no un proceso histórico sino la articulación estructural de formaciones sociales y económicas”⁴⁶, tal y como lo piensa el funcional estructuralismo de Smelser y Parsons. Según Perry Anderson, Thompson malinterpreta en parte lo que Althusser intenta como definición del objeto de la historia, que un hecho histórico es “el que produce una mutación en las relaciones estructurales existentes”. En su irritación hacia la expresión “relaciones estructurales”, Thompson pasa por alto lo que constituye la clave de la definición a la que está atacando: el término “mutación”: “La fórmula de Althusser hace correctamente hincapié en el *cambio*, y no en la estabilidad, tal y como imagina Thompson”. De todas formas, “no quiere decir que proporcione una solución satisfactoria al problema. Al contrario, es sin duda demasiado restrictiva.”⁴⁷

Esta problemática es central a la historiografía thompsoniana, porque es la batalla que él y sus colegas habían estado librando desde hacía décadas: contra los cortes sincrónicos y las “estructuras” inmóviles y haciendo hincapié en la acción (bajo determinaciones) humana. Su definición de *clase*, inseparable de la de experiencia, es ejemplar:

“Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno histórico. No veo la clase como una “estructura”, ni siquiera como una “categoría”, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas”⁴⁸.

“Cuando hablamos de una clase estamos pensando en un conjunto de gente difusamente delimitado que participa del mismo cúmulo de intereses, experiencias sociales, tradiciones y sistemas de valores; que tiene una predisposición a actuar como clase, a definirse a sí mismo en sus acciones y en su conciencia, en relación con otros grupos de gente, de un modo clasista. Pues la clase en sí misma no es una cosa, es un acontecer”⁴⁹.

Aunque con determinaciones (presiones) y una “predisposición” a actuar de tal modo, la clase, dice Thompson, “la definen los hombres cuando viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición”⁵⁰.

Para Anderson, mientras Althusser identifica equivocadamente la experiencia como el universo del engaño, que sólo puede conducir al error, Thompson hace lo inverso e identifica la experiencia con la intuición y el aprendizaje. El tratamiento que le dan estos dos antagonistas al problema de la acción, según Anderson, adolece de una indistinción común: la misma forma de encasillamiento

⁴³ *Ibid.*, 60.

⁴⁴ *Ibid.*, 60.

⁴⁵ Althusser, L; Balibar, E., *Para leer...*, op. cit., 102.

⁴⁶ Thompson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 147.

⁴⁷ Anderson, P., *Teoría, política...*, op. cit., 33.

⁴⁸ Thompson, E.P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Vol. I, Barcelona, Crítica, 1989, 13.

⁴⁹ *Ibid.*, Vol. 2, 480.

⁵⁰ Thompson, E. P., *La formación...*, op. cit., 15.

de la historia –“proceso sin sujeto” (Althusser) o “práctica humana no dominada” (Thompson)– es plenamente ahistórica.⁵¹ Sin embargo, la homologación que hace Anderson es forzada, basándose en una recurrente y errónea interpretación del ya explicado concepto de experiencia. Por otra parte, como bien argumenta Ellen Meiksins Wood, historiadora formada en la tradición de Thompson, lo que se presenta como una alternativa objetivista a Thompson “resulta ser un subjetivismo y voluntarismo más extremo e idealista” que del que se acusa a Thompson, que transfiere la volición del albedrío humano – limitado por presiones y arrastrado a procesos involuntarios– a “una cosa con una identidad estática, cuya voluntad está básicamente libre de determinaciones específicas”. Transferencia llevada a su punto más elevado por los argumentos estructuralistas: los ‘althusserianos’ “pretenden expulsar la subjetividad totalmente de la teoría social y niegan el libre albedrío”, pero en cierto sentido, agrega Meiksins, “simplemente crean un Sujeto todavía más imperioso, la Estructura misma, cuya voluntad es determinada tan sólo por las contradicciones de su arbitraria personalidad”⁵².

5. CONSIDERACIONES FINALES

La repercusión contemporánea de la polémica fue considerable, sobre todo en Gran Bretaña. En parte porque ciertamente la figura de Thompson era ejemplar, tanto política como historiográficamente, para muchos investigadores y estudiantes. Pero también porque allí se situaban muchos de los destinatarios de la diatriba thompsoniana. A lo largo de tres décadas, sucesivas valoraciones de la polémica fueron surgiendo, indudablemente vinculadas con los intereses diversos y muchas veces en pugna en el campo historiográfico.

Hay quienes sostienen que lo que Thompson presenta en su obra “es una burda caricatura de Althusser” o en todo caso, que malinterpreta a Althusser, que se equivoca “al centrar la polémica en aquello que Althusser ya había rechazado, impidiendo así situar la polémica, ciertamente necesaria, en un terreno real.”⁵³ Es cierto que la “autocrítica” de Althusser implicó matizaciones a algunos de sus planteamientos más duros (la “práctica teórica”) o la incorporación de aspectos que habían sido dejados de lado en sus obras principales (la “historia”), pero no desmontó el aparato teórico objeto de la crítica. De hecho, Thompson no se arrepintió de “ni una sola frase de *Miseria de la teoría*”⁵⁴, ya que Althusser debía revocar la mayor parte de la teoría para que su crítica ya no sirva.

Otros consideran que, si bien justificado en sus términos, el ataque fue tardío o desfasado, porque “el estructuralismo marxista ya no es el enemigo en los años 80”⁵⁵. Tal vez Louis Althusser ya no contaba, muy próximo a su silencio intelectual definitivo. Pero es esencial recordar el contexto en el que Thompson escribió el ensayo. Como observa H. Kaye: “Aunque ahora parezca que el *althusserianismo* fuera una mera moda intelectual, en los años setenta apareció como fuertemente enraizado en los estudios sociales y culturales marxistas en Gran Bretaña”⁵⁶. En esa vanguardia del pensamiento estructuralista-marxista estaba la obra de Barry Hindess y Paul Hirst, que llevaría al extremo los planteos estructuralistas.⁵⁷ También estaban, bajo influencia, el Centre for Cultural Studies de la Universidad de Birmingham y la revista *New Left Review*.⁵⁸

También se ha sostenido que la reacción de Thompson a la “amenaza” de Althusser fue excesiva, aunque ciertamente esa consideración puede deberse una percepción retrospectiva⁵⁹. Sin embar-

⁵¹ Anderson, P., *Teoría, política...*, op. cit., 63-64.

⁵² Meiksins Wood, E., “El concepto de clase en E.P. Thompson”, en *Cuadernos Políticos*, 36, México, 1983, 97.

⁵³ Benítez Martín, P., “Thompson vs. Althusser”, *ER: Revista de Filosofía*, 34-35, 2005, 304.

⁵⁴ Thomson, E. P., *Miseria...*, op. cit., 302.

⁵⁵ Barros, C., “El paradigma común...”, op. cit., 30.

⁵⁶ Kaye, H., *Los historiadores...*, op. cit., 189.

⁵⁷ Vid. Hindess, B., Hirst, P., *Los modos de producción precapitalistas*. Barcelona, Península, 1979.

⁵⁸ Kaye, H., *Los historiadores...*, op. cit., 189.

⁵⁹ *Ibid.*, 190.

go muchos dentro del marxismo, tanto en ese momento como a lo largo de estos años, encontraron más que justificada la crítica, rechazando de Althusser la reducción del marxismo a teorema científico, la falta de atención hacia los contextos históricos concretos o la irrelevancia política de su consideración de la historia como proceso sin sujeto ni fines. Escueta, pero contundente, fue la respuesta de Eric Hobsbawm: “Althusser... prácticamente no tiene nada que decirnos a los historiadores”⁶⁰

Se ha podido ver aquí cómo la intervención de Thompson ataca puntos clave de la epistemología althusseriana, a la vez que delinea los presupuestos básicos de su propia práctica historiográfica (empírico-teórica), en sintonía además con las líneas fundamentales de la tradición teórica de la que es uno de sus miembros más destacados. Thompson defiende que la postura epistemológica de Althusser le impide entender los dos “diálogos” a partir de los cuales nuestro conocimiento se forma: el diálogo entre ser social y conciencia social, que da lugar a la experiencia; y el diálogo entre la organización teórica de la evidencia y el carácter determinado de su objeto. Esto sucede porque Althusser confunde empirismo con controles empíricos o procedimientos empíricos, necesarios para captar las relaciones “reales”.

Desechando las propiedades determinantes del objeto, Althusser afirma que el conocimiento se elabora con la propia “materia teórica”, produciendo “conocimiento histórico”. Para Thomp-

son, aquí reside el idealismo de Althusser: idealismo que consiste no en la afirmación o negación de la primacía de un mundo material trascendente, sino en un universo conceptual que se engendra a sí mismo y que impone su propia idealidad sobre los fenómenos de la existencia material y social. La crítica resultante de “historicismo” formulada por el althusserismo, deviene, según Thompson, en ciertos puntos idéntica a la crítica antimarxista del historicismo (como la representada por Popper) aunque extraigan conclusiones opuestas.

El estructuralismo, con fines teóricos, hace desaparecer al sujeto de la historia. Thompson muestra el procedimiento por el cual Althusser expulsa primero la acción humana y luego expulsa el proceso en beneficio de las “relaciones estructurales”. Esto choca frontalmente con el análisis de la lucha de clases practicado y conceptualizado por el marxismo británico, en especial con los conceptos de clase y experiencia y con el énfasis en la acción humana de Thompson.

Tardío u oportuno, exagerado o plenamente justificado, el ensayo de Thompson sigue allí, tal vez más vigente que las obras de sus adversarios intelectuales. Es una advertencia contra la aceptación y práctica acrítica de los estructuralismos y funcionalismos de cualquier índole, aún aquellos que visten nuevos ropajes. La “importancia de la historia real”, dice Thompson, es que “no sólo comprueba la teoría, también la reconstruye”⁶¹.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx*. México, Siglo XXI, 2004.
- ; Étienne Balibar. *Para leer El Capital*. México, Siglo XXI, 2004.
- Anderson, Perry. *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*. Madrid, Siglo XXI, 1985.
- Barros, Carlos, “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”, *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral*, 10, Santa Fe, 1996.
- Benítez Martín, Pedro, “Thompson vs. Althusser”, *ER: Revista de Filosofía*, 34-35, 2005.

⁶⁰ “Interview with E.J. Hobsbawm”, *Radical History Review*, 19 (1978-9), 123, Cit. en Kaye, H., *Los historiadores...*, op. cit., 188.

⁶¹ “Interview with E. P. Thompson”, en *Radical History Review*, 3, 1976, p. 25, Cit. en Kaye, H., *Los historiadores...*, op. cit., 176-177.

- Kaye, Harvey, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, 1984.
- Kuhn, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1971.
- Meiksins Wood, Ellen, “El concepto de clase en E.P. Thompson”, en *Cuadernos Políticos* 36, México, 1983.
- Popper, Karl, *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, Paidós, 2006.
- Thompson, Edward P., *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981.
 ——— *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica, 1989.